



Informe especial

# GUERRA DE EEUU E ISRAEL VS IRÁN

# INDICE

Introducción	3
Antecedentes inmediatos	6
Cronología	12
Mapa de actores	19
Posicionamiento de actores en relación a la guerra	29
Consecuencias económicas mundiales	42
El uso de tecnologías de la nueva fase capitalista en el conflicto	51
Protestas en el mundo en contra de la guerra	55
Lecciones políticas ¿Por qué el planteamiento estratégico de Irán se impone en la Guerra?	66
Conclusiones y escenarios	72

# INTRODUCCIÓN

---

El 28 de febrero de 2026 marca el inicio de una nueva etapa en la guerra regional en Asia Occidental, el mal llamado “Medio Oriente”. Ese día, Israel lanzó un ataque “preventivo” contra Irán que rápidamente contó con el respaldo estadounidense a través de una ofensiva coordinada de fuerzas combinadas. Sin embargo, el conflicto no puede ser leído como un episodio aislado ni como una mera escalada coyuntural. La guerra contra Irán constituye la condensación de un proceso histórico más amplio de disputas geopolíticas, militares, energéticas y tecnológicas que atraviesan la región desde hace décadas y que hoy alcanzan un punto crítico.

Asia Occidental se configura como uno de los principales centros geopolíticos del mundo. Su relevancia no deriva únicamente de su densidad histórica, sino también de su ubicación espacial, como punto de articulación entre África, Asia y Europa, y de su centralidad en la circulación planetaria de hidrocarburos.

En ese escenario, Irán ocupa un lugar estratégico. Su proyecto político, su capacidad militar y su posición geográfica (particularmente en relación con el Estrecho de Ormuz) lo convierten en un actor determinante para el equilibrio regional y para el funcionamiento del sistema energético mundial. La ofensiva sobre Teherán se inscribe en una larga trayectoria de intervenciones, guerras y operaciones de desestabilización impulsadas por la política exterior estadounidense en Asia Occidental, cuyo derrotero reciente incluye Palestina, Líbano, Afganistán, Irak, Libia y Siria como escenarios privilegiados de intervención directa o indirecta.

En 1953, la CIA y el MI6 británico ejecutaron un golpe de Estado contra el primer ministro democráticamente electo Mohammad Mosaddegh —quien había nacionalizado el petróleo iraní— e instalaron al Sha Mohammad Reza Pahlevi como monarca absoluto, incrementando la influencia de EE.UU. sobre el país. Esa intervención fue la semilla de la Revolución Islámica de 1979 que modificó profundamente la configuración regional. La caída del Sha, sostenido históricamente por Washington, dio lugar a un proceso político que, aun con su impronta religiosa, expresó una dinámica de transformación nacional y antiimperialista que alteró las correlaciones de fuerza en la región. La posterior guerra entre Irán e Irak (que dejó cerca de un millón de muertos iraníes) funcionó como un intento de contención y desgaste de ese proceso revolucionario. Saddam Hussein operó entonces como vector regional de una estrategia sostenida financieramente por las monarquías absolutistas del Golfo, preocupadas por el impacto político de la revolución iraní sobre sus propios regímenes.



Las llamadas primaveras árabes, fue un proceso que comenzó formalmente en diciembre de 2010 en Túnez, cuando Mohamed Bouazizi, un vendedor ambulante, se inmoló frente a una dependencia gubernamental en Sidi Bouzid tras el decomiso de su mercancía por parte de las autoridades. Su acto desencadenó movilizaciones que se extendieron rápidamente por toda la región. La ola alcanzó a Túnez, Egipto, Libia, Yemen, Siria, Irán y Bahrein. Muchos gobiernos fueron derrocados a causa de una operación de reconfiguración geopolítica que utilizó el malestar social legítimo de poblaciones empobrecidas como palanca para el derrocamiento de gobiernos independientes y la instalación de la agenda estratégica estadounidense en Asia occidental. Irán constituye el caso paradigmático de resistencia soberana frente a este patrón de desestabilización. En junio de 2009, tras las elecciones presidenciales en las que el presidente Mahmoud Ahmadinejad fue reelecto, se organizaron protestas callejeras encabezadas por el candidato opositor Mir Hossein Mousavi y por Mehdi Karroubi, bajo la denominación de "Movimiento Verde". El propio gobierno iraní caracterizó el proceso como una fetneh —"sedición"— instigada desde el exterior por EE.UU., Israel y Reino Unido, señalando que incluyó intentos de instrumentalizar el descontento legítimo con fines de cambio de régimen. El líder supremo Ayatollah Ali Jamenei la calificó como el mayor desafío al que se había enfrentado el Estado islámico, y consideró el derrocamiento de los dictadores respaldados por EE.UU. como una continuación de su propia revolución de 1979. Teherán vio los levantamientos como una oportunidad para hacer valer su ideología y señalar el éxito de su sistema de gobierno, contrarrestando la influencia de EE.UU. en el mundo árabe.

A partir de 2011, el conflicto en torno al programa nuclear iraní profundizó aún más las tensiones regionales. En 2015, durante la presidencia de Barack Obama, se firmó el denominado Plan de Acción Integral Conjunto entre Irán y el Grupo 5+1, estableciendo límites al desarrollo nuclear iraní a cambio del alivio progresivo de las medidas coercitivas unilaterales. Sin embargo, el 8 de mayo de 2018 Donald Trump decidió retirarse unilateralmente del acuerdo y reinstalar el esquema de sanciones, abriendo un nuevo ciclo de escalada. Ese proceso alcanzó un punto de enorme gravedad el 3 de enero de 2020 con el asesinato del general Qasem Soleimani, figura central de la Fuerza Quds y uno de los principales arquitectos de la proyección regional iraní.

La guerra iniciada en febrero de 2026 condensa toda esa trayectoria de cerco, desgaste y confrontación sobre la Revolución Islámica, pero al mismo tiempo incorpora rasgos específicos de la actual fase del capitalismo. La creciente centralidad de las grandes empresas tecnológicas en la infraestructura militar, el uso intensivo de inteligencia artificial, sistemas de vigilancia, targeting automatizado, drones, vehículos autónomos y misiles hipersónicos transforman radicalmente la dinámica de la guerra contemporánea. En este nuevo escenario, las comunicaciones, los sistemas satelitales, el procesamiento de datos y la guerra electrónica adquieren una importancia equivalente -o incluso superior- al poder de fuego convencional. La guerra se vuelve multidimensional: militar, tecnológica, financiera, informacional y psicológica al mismo tiempo. La circulación permanente de imágenes, narrativas y operaciones mediáticas convierte al conflicto en un espectáculo global disputado en tiempo real.

En el plano político, la figura de Donald Trump aparece atravesada por una contradicción estructural cada vez más evidente. Mientras intentaba proyectarse internacionalmente como un articulador de acuerdos, treguas y pacificaciones (incluso con sus propias pretensiones por conseguir Premio Nobel de la Paz), su administración terminó asociada al inicio de ésta nueva guerra a gran escala.

En ese marco, una de las hipótesis que emerge con fuerza sostiene que Trump no habría actuado enteramente por voluntad propia, sino que fue “arrastrado” hacia la guerra bajo las presiones convergentes del complejo industrial-militar estadounidense y de los intereses del sionismo internacional vinculados al proyecto estratégico de construcción de “The Great Israel” como potencia regional excluyente. A ello se suman las preocupaciones y presiones del Reino de Arabia Saudita frente al crecimiento de la capacidad militar iraní y a la consolidación del Eje de la Resistencia. Todo ello configura un escenario en el que distintos actores regionales y globales empujaron hacia una escalada que terminó desbordando incluso la propia narrativa trumpista de ser el gran “estabilizador” del mundo.

Sin embargo, resulta imposible comprender la actual configuración del conflicto sin ubicar los acontecimientos de octubre de 2023 como un verdadero punto de inflexión regional. La acción militar de Hamás se produjo en un contexto de creciente articulación político-militar de las organizaciones de la resistencia palestina y abrió una nueva etapa de confrontación en Asia Occidental sobre un conflicto con más de un siglo de existencia. En respuesta a tal ataque masivo, que pudo burlar a uno de los sistemas de seguridad e inteligencia más poderosos del mundo, las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) bombardearon masivamente la Franja de Gaza de una manera desproporcionada, generando un verdadero GENOCIDIO y un asedio total a su población, que colocó en el centro de la escena internacional las denuncias por crímenes de guerra, limpieza étnica y genocidio.

Por lo expuesto, la guerra entre Estados Unidos e Israel contra Irán debe ser comprendida como un escenario de convergencia de múltiples conflictos que hoy terminan superpuestos en un único teatro de operaciones. Allí se articulan dimensiones energéticas, tecnológicas, militares, financieras y geopolíticas que exceden ampliamente el plano regional. Se trata de un proceso en el que múltiples actores disputan la configuración de un nuevo equilibrio de poder en Asia Occidental, en el marco de una transición más amplia del orden mundial, atravesada por el denominado “Enfrentamiento del G2” y por la emergencia de nuevas formas de ejercicio del poder características de la actual fase digital-financiera del capitalismo.



**Emilia Trabucco**  
**Directora**

**Matías Caciabue**  
**Director Ejecutivo**

**Lucas Aguilera y Paula Giménez**  
**Directores de Investigación**

**Elisa García**  
**Editora**

**Damián Riera Bauer**  
**Sebastián Videla**  
**Redactores**

**@InfoNodal**



**nodal**   
Noticias de América Latina y el Caribe